

EL SALVAMENTO DE DON PORFIRIO DÍAZ FRENTE A LA BARRA DE TAMPICO

Manuel GUTIERREZ ZAMORA

NOTA DE LA REDACCIÓN.—Manuel Gutiérrez Zamora trabajaba como agente postal en el *City of Havana* y, por eso, fue testigo ocular de los sucesos por él narrados. El manuscrito original está en poder de su sobrino, el profesor Renato Gutiérrez Zamora, de Tampico. Respetamos escrupulosamente la forma del documento; sólo hemos alterado un poco la puntuación, a fin de facilitar la lectura.

EN EL MES DE JUNIO del año de 1876, hacía yo el viaje como agente de correos a bordo del vapor *City of Havana*, del Alexandre Line, entre el puerto de New Orleans y el de Veracruz, con escala en los de Tampico y Túcpan. En New Orleans pocos pasajeros se embarcaron, y esto no era de extrañar, en vista de lo muy adelantado que estaba la estación. En la noche antes de nuestra salida se presentaron dos individuos a bordo con boletos de pasaje hasta el puerto de Túcpan. El uno, joven, de espejuelos, se llamaba Dr. Jonnes; y el otro, el Dr. cubano homeópata Rodríguez de la Boza, según dicho del Dr. Jonnes, pues debo manifestar que Rodríguez de la Boza nunca se presentó en la cámara a la hora de las comidas, y fuera de ellas tampoco llegué a notar su presencia. Uno de tantos momentos que estábamos juntos, hablamos sobre las frutas tropicales, como aguacates, mangos, etc., y el Dr. Jonnes, que pecaba por tener buen humor y hablar mucho, nos dijo:

—¡Ah, sí! Es una fruta que a mí me gusta mucho.

Al momento le pregunté:

—Hombre, ¿dónde los ha comido Ud.? Pues, según me dijo antes, nunca ha estado Ud. en México ni en las Antillas.

—Yo los he comido en Texas, donde he pasado parte de mi vida.

Hice que lo creía, pues, según tenía entendido, en el Estado de Texas no se producen esas frutas. Más tarde hablamos de sombreros mexicanos y me dijo que los de paja de León le gustaban mucho.

—Pero hombre, ¿dónde los conoce Ud., puesto que nunca ha estado en la República?

—Muy fácil —me dijo—, los mexicanos llevan infinidad de puntas de ganado a Texas, y en ese Estado es donde los he visto.

Me formé para mí un pensamiento sobre este señor y me dije: “No sé qué motivo tendrá este hombre de decir que no ha vivido en la República Mexicana, pues habla español bastante bien, y aunque muy cortado, tiene modismos especiales de México.”

En fin, al tercer día en la mañana, después de haber salido del “S. W. Pass” en la barra del Mississippi, llegamos a Tampico. Estaban fondeados en el puerto, frente a la barra, el vapor de guerra *Independencia* y el bergantín goleta nacional *Constante*, perteneciente al Sr. capitán Ramírez. El *City of Havana* navegó en sus aguas por un momento y dejó caer su ancla entre los dos buques mencionados, habiendo filado su cadena hasta quedar unos dos cables de distancia del bergantín antes nombrado.

Poco después de anclar el vapor americano, salió de la barra el remolcador *Iru*, perteneciente a un señor Viña, y traía a remolque chalanes, lanchas y botes con infinidad de tropa. Atracaron primeramente al *Independencia* y dejaron dos chalanes con unas compañías del 6º de línea que mandaba el coronel Palacios, pero cuyo coronel no venía mandándolas. Poco más tarde se atracaron al vapor americano los demás chalanes. Subió a bordo un teniente coronel Arroyo, bajo de cuerpo, fornido y picado de viruelas, un señor mayor Ruiz, de figura simpática, delgado, trigueño y de mirada inteligente, algunos otros oficiales subalternos que no recuerdo sus nombres, pero entre ellos figuraba un capitán, alto, calvo y de figura muy inteligente, modales muy decentes y hablaba

con mucha finura y como hombre de muy buena sociedad. Hacía poco tiempo que estaban atracados al costado, había subido casi toda la oficialidad y algunas o todas las mujeres de los soldados y gran número de éstos, cuando el remolcador se presenta por la proa del vapor americano, amarra una boza al primer chalán, y como éstos estaban unidos unos con otros por sus respectivas bozas, desatraca los chalanes del vapor y empieza a remolcarlos llevándose con ellos a un contraamaestre americano del buque, más de la mitad de la tropa y con uno o dos oficiales subalternos que por casualidad se habían quedado a bordo de los chalanes. A gritos preguntamos qué sucedía, y nos mostró el horizonte; efectivamente, se veía una raya negra como aquellas que se presentan cuando viene una tempestad o un noroeste furioso. Hicieron bien en remolcar aquellos chalanes, pues poco después una turbonada de esas que son tan comunes en el Golfo en julio y agosto cayó sobre nosotros. Una hora después calmó el viento y la lluvia, pero la mar quedó tan gruesa que la barra del Pánuco se había cruzado.

Pasó la hora del *lunch*, que era a la una de la tarde, y entonces tuve el gusto de hacer conocimiento con el Sr. teniente coronel Arroyo: estaba en su camarote, que era el de la parte de estribor a proa. Comenzamos hablando sobre la política del país y sobre las probabilidades del triunfo del Plan de Tuxtepec reformado en Palo Blanco. Como el jefe de esas fuerzas debía ser gobiernista, no expresé libremente mis opiniones, ni tampoco di color gobiernista, sino empecé por hablar muy bien de la organización del ejército debida al C. general Ignacio Mejía, a la sazón ministro de la guerra; inmediatamente conocí las simpatías que este jefe tenía por el general Mejía, y me dejé llevar por su opinión, para no chocar en política desde el primer momento con el jefe de la fuerza federal a bordo del vapor *City of Havana*. Después de una larga conversación, me pidió hiciera el favor de pedirle al capitán del buque un bote, pues tenía que mandar comunicaciones a bordo del vapor *Independencia*, el cual tenía las compañías del 6º a su bordo; inmediatamente el Sr. capitán del vapor *Havana* mandó poner el bote chico de a bordo Nº 6

para llevar las comunicaciones del teniente-coronel Arroyo a bordo del *Independencia*; regresó dicho bote poco después, y el primer oficial Schail (alemán de nacimiento) mandó que dejaran el bote suspendido sobre los pescantes, para si se necesitaba otra vez, no tuvieran el trabajo de quitarlo de los "calzos". Poco después vino un bote del *Independencia* con el segundo de a bordo, que recuerdo era el 1^{er} teniente don Adolfo Bassó. Habló largo rato con el teniente coronel Arroyo, y no recuerdo si se quedó a tomar la sopa a bordo o regresó a su buque, pero creo que fue esto último, porque después de comer no estaba a bordo del *City of Havana*.

La sopa estaba servida y el gong nos lo advirtió. Comimos con gusto porque varios amigos de Tampico nos acompañaban, entre los que figuraban don Cándido de la Rosa, antiguo dependiente de la casa consignataria del Sr. Jolly, y otros muchos cuyos nombres no recuerdo.

Acabada la comida, el contador don Alejandro K. Coney en compañía de varios otros formaron su corrillo a la parte de babor a popa para fumar sus puros o cigarros; el capitán don Samuel Phillips, a poca distancia de ellos, estaba fumando tranquilamente su habano y se reía del buen humor de los del corrillo. Diré aquí que el capitán Phillips es un viejo marino que con rareza se le ve sonreír; pero este día parece que estaba en la atmósfera, pues todo el mundo estaba contento y con ganas de chancear.

Salía yo de la cámara y estaba empezando a fumar un malísimo tabaco que me habían regalado, cuando llegaron a mis oídos las voces de Coney que me llamaba por mi nombre. Fui inmediatamente al corrillo que presidía el simpático Coney, el cual debo decir que en su época de calavera tenía buenas ocurrencias y de mucha chispa (hoy que es un hombre grave, etc., ha cambiado notablemente). Empiezan por decirme:

—¿Has visto al chino manilo en la ventana de su camarote?

Contesté secamente:

—No.

—Pues bien, acércate a su camarote y verás qué figura; hazle algunas preguntas.

No quería hacer nada de esto, pues siempre me ha dado

mortificación de hacer burla de los pobres o viciosos. A pesar de que Jonnes, cuando le preguntábamos por su compañero, nos decía: "Es un imbécil, no come porque está alcoholizado; es un hombre que todo el día no hace otra cosa que tomar *whiskey*." Me siguieron instando, y yo, para que no tomaran mi negativa por miedo, me acerqué a la ventana.

En este momento contemplé por primera vez al Dr. Rodríguez de la Boza. Éste era un hombre corpulento y su cuerpo bastante lleno, trigüeño algo subido, cabello largo, barba rasurada y con espejuelos de cuatro vidrios color negro o ahumado con armazón de oro o cobre. Acércome cautelosamente y le comienzo a hablar.

—Buenas tardes, Sr. Doctor.

—Buenas tardes.

—El tiempo se ha compuesto mucho . . .

—Sí, señor.

—¿Va Ud. mejor de sus males?

—Gracias, algo mejor.

—¿Y no sabe Ud. cuándo saldremos de aquí? Pues en verdad estoy muy aburrido.

Muy seco contestó:

—No, señor, pregunte Ud. al Señor Capitán, que lo sabrá mejor . . .

Me retiré, volví al corrillo, y al contarles tales sandeces se reían a carcajadas. Poco después fue a hacerle preguntas también el joven Cándido de la Rosa, de Tampico, pero según dijo no lo había recibido muy cariñosamente el Sr. Doctor, porque de palabras y creo que con amenazas había despedido al pobre Cándido, que llegó amarillo y morado del miedo que el doctor de la Boza le había infundido. Como es natural, en aquellos momentos todo el mundo se reía, pero ninguno volvió a molestar al Sr. Doctor.

Poco después el corrillo se desbarataba. El contador Coney, que le gustaba algo Birján, se dirigió al cuarto de fumar, que estaba en proa y lo ocupaban pasajeros y oficiales del batallón N^o 13. En una mesa se jugaba albuñes, en otra *poker* y por fin en una tercera había un partido de veintiuna, en el cual figuraba nuestro querido contador, en compañía de ita-

lianos y algún oficial. Yo me dirigía hacia mi camarote, que estaba a babor, junto a la máquina, cuando escuché algo que caía y que todo el mundo corría a curiosear a popa a la parte de estribor. A la curiosidad corrí también, y cuál sería mi sorpresa cuando vi nadando en pleno Golfo de México a un hombre que, en obsequio de la verdad, lo hacía muy bien. Me acerco al capitán Phillips, que todavía estaba en el lugar primitivo, y le digo:

—¿Qué es eso, Capitán?

—No sé, creo que es el loco doctor que se está bañando; salió de su camarote, bajó la escalera que conduce al W. C., y corriendo desnudo, se subió al empanetado de popa y se lanzó al agua de cabeza.

—Pues es preciso sacarlo, porque un tiburón se lo puede comer.

Inmediatamente fuimos al bote N^o 6, que dichosamente estaba izado en los pescantes por las razones que antes dije, y que como era muy chico y poco pesado, el capitán Phillips de un lado (a proa) y yo al otro (en popa) empezamos a arriarlo; lo tripulaban el 2^o oficial Bovais (hijo de francés y un antiguo ballenero en los mares antárticos y árticos, hombre de una fuerza hercúlea), el carpintero (que es alemán y está trabajando actualmente en el muelle N^o 3 NR, New York), un marinero danés y un muchacho de cámara. En este momento supremo, cuando arriábamos el bote, el doctor Jonnes con fuerza nerviosa me detiene el brazo y me dice en inglés:

—Por Dios, Zamora, no boten el bote al agua, porque el hombre que va nadando allá es el general Díaz.

Un cubo de agua fría no me hubiera hecho en aquel momento la impresión que me hicieron las cortas pero rápidas palabras de Jonnes. Con el cabo entre las manos me acerco a Phillips y le digo:

—Capitán, ese hombre que está en el agua es el general Díaz; es preciso salvarle.

Con flema muy inglesa me contesta:

—Es la única manera, pues si se tarda cinco minutos más los tiburones darán cuenta de él.

Fue una verdadera ansiedad el tiempo que tardó el bote en llegar junto al nadador, pues desde el momento que vio venir la embarcación más se esforzaba en adelantar: su intención era, y eso se veía palpablemente, coger la popa del bergantín *Constante* y refugiarse en él, o, resguardado por este buque, coger la costa escondido de las miradas de los del vapor. Vano hubiera sido este trabajo, pues aunque hubiera nadado las tres millas que nos separaban de tierra, la mar gruesa y boba que había, al encontrar poco fondo reventaba con furia, y una de esas olas hubiera terminado con el nadador que ya cansado y sin fuerzas hubiera pensado franquearlas; esto es, por supuesto, en la hipótesis de que se hubiera escapado de los afilados dientes de tiburones hambrientos y feroces, que los hay en una abundancia asombrosa.

Inmediatamente que el bote se le acercó, en lugar de prestarse a que lo salvaran, con gran asombro nuestro se zambulló, pero al volver a flor de agua el 2º oficial Bovais, con hercúlea fuerza, lo embarcó dentro del bote, teniendo cuidado este oficial que el prisionero no se volviera a tirar al agua, pues se conocía era su más vehemente intención. Al llegar al costado de estribor del buque, donde habían colocado una escala de cuerda con dos guardamancebos, me quité una levita azul de botón dorado que tenía puesta y se la arrojé al bote para cubrirlo con ella, pero desgraciadamente esta levita cayó al agua y se perdió; inmediatamente entré al camarote de estribor a popa, donde venía una pasajera con su criada y niña; su nombre era Viuda de Gutiérrez, de la Laguna del Carmen, a la que acompañaba un antiguo dependiente de la casa, que era de nacionalidad belga. Sin pedir permiso ni usar alguna frase cortés, me apoderé de una sábana y un cubrecama que tomé al acaso, y volviendo a la amura del buque le dije a Bovais:

—Cúbrelo bien, hasta la cabeza.

Así lo hizo este oficial, ayudándolo a subir a bordo al naufrago, que, con frío enorme y fatigado por el trabajo que acababa de hacer, pronunciaba palabras incoherentes que por estar cubierto con la colcha no se entendían bien. Las primeras palabras que le dirigí al subir a bordo fueron:

—Cállese Ud., que no le han conocido.

Los pasajeros y visitantes de Tampico que estaban a bordo del *City of Havana* formaban una barrera que fue algo difícil franquear. Entre el Dr. Jonnes y el 2º oficial le acompañaron a su camarote, que, como ya he dicho, estaba del lado de babor a popa, al otro lado casualmente del que ocupaba al Sra. Viuda de Gutiérrez, cuya división lo formaba una especie de corredor o cámara que comunicaba con el saloncito de señoras y bajada de la escalera del comedor.

Como es natural, todo el mundo quería curiosear y entrar en el camarote del loco; pero poniéndome a la puerta, que estaba cerrada, les dije:

—Señores, aquí pasan solamente los facultativos, y los que no lo son suplico se retiren, pues ese hombre está bastante enfermo.

El único que pasó fue un doctor en medicina de nacionalidad alemana, que no recuerdo su nombre, pero que ejerce su profesión o la ejercía en Minatitlán o Acayucan. Éste era un hombre de unos 40 ó 45 años, de ojos azules claros, de barba rubia cerrada y algo descuidada; en todo su ser se notaba ser un hombre bueno y bondadoso; este pasajero se había embarcado en N. Orleans. Hacía algún tiempo que estaba en la puerta; los pasajeros se habían desparramado y formaban sus comentarios en grupos de aquí y allá, y no se hablaba de otra cosa que de la botada al agua del loco. Algunos aseguraban que habían reconocido al general Díaz, entre ellos un sargento 1º que no me fijé quién era. Poco después aparece el doctor Jonnes y me dice:

—Zamora, entra al camarote, que el general te quiere hablar.

Aguardé una oportunidad que nadie me notara y entré efectivamente. Al general Díaz no le había hablado más que una vez en mi vida, pues las diferentes veces que había estado en Veracruz estaba yo ausente de esa ciudad, ya bien en Europa o en los Estados Unidos, pero con la vez que a bordo del pailebot *Juanita* en uno de sus viajes a Tlacotalpam me lo había presentado mi hermano Vicente, me bastó para reconocerle; tenía además una seña muy singular y que recor-

daba: consistía en un lunar de cabellos blancos que se le notaba mucho; hoy no se le nota, porque ha dejado crecer el cabello y éste es ya bastante cano. Como los apuntes que aquí anoto es la verdad exacta de los hechos que pasaron en esos días, no quiero omitir ni mi conversación con el Gral. Díaz ni ninguna otra cosa que no aclare la verdad.

Cuando entré al camarote del señor Gral. Díaz, éste estaba acostado en su litera, muy pálido, y todavía temblaba por la impresión del agua fría o tal vez porque, según pude percibirme, tenía una fiebre bastante alta. Confieso que por mi parte tenía yo gran temor, no por mi persona. ¿Qué me hubiera hecho el gobierno del Sr. Lerdo, si me prueban que estaba mezclado en este negocio? Despojarme de un destino o empleo enteramente subalterno que tenía de agente de correos, como sucedió después, que me lo quitaron por telégrafo, dándoselo a un señor Jurado que era administrador de la Lonja Mercantil de Veracruz y muy amigo del Gral. Marcos Carrillo, comandante militar de la plaza de Veracruz. El telegrama decía así: "Por orden del Sr. Presidente queda separado del servicio de correos el agente Gutiérrez Zamora, sustituyéndolo V. en este viaje, con un empleado de entera confianza. Pedro de Garay y Garay.—Lo que comunico a V. sintiendo de mi parte lo ocurrido, pues en el servicio se ha manejado V. a mi entera satisfacción.—A. M. Vélez.—Veracruz, julio de 1876."

Si temía yo en esos momentos era por la personalidad del caudillo de la revolución, que si lo hubieran apresado, y tal vez fusilado, el Plan de Tuxtepec hubiera fracasado de seguro. Mi hermano Vicente, suplente al Congreso de la Unión por el cantón de Veracruz, cuyo propietario era el Gral. Díaz, estaba preso en Yucatán a pesar de su fuero constitucional, mandado allá por el Gral. Carrillo; mi madre, mi hermano Ignacio y toda la familia comprometida en la revolución, y cuyo jefe en Veracruz lo era el Gral. Enríquez. En fin, tanto trabajo se perdería con la muerte del general Díaz, y ése era mi gran temor: el hacer el gran fiasco en momentos solemnes.

Las primeras palabras que hablé con el general Díaz fueron las siguientes:

—Me extraña, general, que habiéndole yo mandado a decir a V. con el coronel Torres que se confiara del *Mérida* o el *Habana* para cualquier negocio, pues Vélez, agente de correos del *Mérida*, y yo del *City of Havana*, éramos amigos de V. y de Enríquez, y que no confiara V. del *México*, pues el agente de correos era Liever, cuñado del coronel Villada y por lo mismo amigo del Sr. Lerdo, que cómo no me había dicho nada de su presencia a bordo; que hubiera sido muy fácil salvarle, pero que en aquellos momentos era muy difícil; que yo no podía personalmente servirle, porque estaba muy vigilado y se perdería el negocio, pero que le iba a hablar al contador Coney, que era muy amigo mío, como un hermano, y que éste le serviría.

Me preguntó si Coney era masón, le contesté que sí, que hacía pocos meses había yo asistido a su logia, cuando le habían dado el 3^{er} grado. Hablamos también de Luis Terán, que estaba preso, y le conté lo de mi hermano Vicente, su prisión en Yucatán, etc. Me despedí y salí en busca de Coney.

Yo sabía perfectamente que a Coney lo encontraría en el cuarto de fumar, y me dirigí inmediatamente a esta sala; efectivamente, se divertía con los italianos, y apenas había prestado atención a la botada al agua del loco, que se repetía por todo el vapor. Me acerco y le digo:

—Deja ese negocio por un momento, que te tengo que hablar.

De mal humor me contestó:

—¡Caramba! Siempre me estás molestando.

Le hice otra llamada, pero ésta en idioma alemán, y con palabras tan fuertes que lanzando las cartas con enojo me contestó:

—Vamos a ver qué nuevo negocio hay, que tanto te apura.

No contesté nada; me siguió, y habiendo llegado a mi camarote cerré la puerta; me veía como asombrado, pues nunca me había visto tan de mal humor como aquel día; cerré también una lumbrera que había en el techo de mi camarote y empecé a hablarle:

—¿Sabes tú por casualidad quién es el loco Rodríguez de la Boza que se ha arrojado al mar? Pues bien, ese mentado

loco es el general Díaz; he hablado con él y le he prometido que tú irías a verlo inmediatamente y que le servirías en todo como amigo mío y como un buen hermano masón.

Pensaba que me chanceaba, pero le dije:

—Ve a su camarote, que creo el general está muy enfermo, y ponle cuidado en la seña del lunar de cabello blanco de que hemos hablado otras veces, y de esa manera te convencerás.

Abrió la puerta y salió de mi camarote dirigiéndose al del general Díaz; un momento después regresó a mi camarote, donde lo esperaba. Entró y cerró la puerta.

—Efectivamente —me dice—, es el general Díaz y está muy enfermo de disentería; tiene una fuerte calentura. ¿Y has pensado que estamos muy comprometidos? Figúrate que Lerdo y la casa de Cardeña son muy amigos de los Alexandre; si éstos saben que yo me he mezclado en negocios que no me importan, inmediatamente me van a lanzar de la línea, como tú te debes figurar. ¿Qué hago yo? ¿Y qué le doy que comer a Rosa?

A pesar de mi enorme miedo le contesté:

—No tengas cuidado, hombre, que comer a ti y a mí no nos hace falta, pues en mi casa lo hay; lo que es para Rosa, entre tú y yo podremos trabajar para ganar lo suficiente para darle lo que necesita; piensa, sin embargo, que si la revolución triunfa (que es de esperar si no agarran a este hombre), ¿qué papel no jugaremos tú y yo, a nosotros que nos deberá tanto?

Coney no dijo más; salió de mi cuarto y volvió al del general Díaz, pero al irse solamente me dijo: “Veremos.” Desde ese momento, el doctor don Alejandro K. Coney tomó la responsabilidad y trabajó mucho, muchísimo, para poder salvar al general don Porfirio Díaz.

DESDE ESTE MOMENTO empieza una segunda parte en que yo solamente ayudaba a Coney, pero que él con inteligencia y astucia trabajaba lo más que podía. Puede ser que en lo que sigue de esta historia cometa algún pequeño error, pero consistirá, no en mi mala memoria, sino en lo que Coney me contaba de los trabajos que hacía cerca del general Díaz. Pintaré los hechos tales como se fueron sucediendo.

Serían las 7 de la noche cuando salió Coney de mi cuarto. Me fui directamente al cuarto del Sr. teniente coronel Arroyo, al cual encontré al momento, diciéndome que hacía rato me andaba buscando. Yo le contesté:

—¡Hombre, qué coincidencia! Pues lo mismo hacía yo.

La plática que entablamos, como era natural, recayó sobre el loco que se había arrojado al mar.

—¿Qué le parece a V. el incidente que acaba de pasar? —me dijo Arroyo con tono pensativo.

—Muy grave —le contesté—, porque es muy significativo que ese loco se hubiera arrojado al agua en ese estado y sin motivo. ¿Vd. qué cree?

—Yo creo —dijo Arroyo— que puede ser el general Díaz, y muy fácil será para nosotros ponerle preso.

—Sí, coronel, es fácil, pero es preciso irse con tiento; V. debe pensar ante todo que estamos a bordo de un buque americano, y que las cuestiones en este momento en la República vecina están en muy mal estado. Considere V. por un momento la situación del general Grant. Quiere ser presidente por tercera vez, y en los Estados Unidos, aunque no hay ley que lo prohíba, ha sido una costumbre desde el tiempo de Washington en que los presidentes sólo son reelectos una vez. V. sabe muy bien el embrollo que ha habido entre ese país y España, que poco faltó para que se rompieran las hostilidades. Con los negocios de la frontera en este momento estamos en un volcán: infinidad de buques de guerra americanos cruzan en este momento el Golfo de México, y dicen que es para proteger a sus ciudadanos; en fin, ese señor Grant lo que busca es un motivo de guerra para hacerse dictador de su país por algún tiempo; iremos con cuidado, que todo se puede hacer bien, y no seamos causa por nuestra ignorancia de comprometer nuestro país en una cuestión internacional. Hable V. con el capitán Phillips, es persona muy atenta, y dígame V. sus temores de que esa persona es sospechosa, y no dudo que él le dará a V. la razón. Coney, el contador, habla lo mismo español que inglés, y le puede servir a V. de intérprete.

No sé lo que hablaría con el capitán, pero al momento vi a Phillips y le dije:

—Tal vez le hablen a V. sobre este asunto; V. es mi amigo y conoce mis opiniones; además, V. sabe que un hermano está en peligro.

Muy serio y secamente me contestó Phillips:

—Mis deberes como hermano yo los sé, y dispéñeme le diga que no quiero que nadie me los enseñe.

Ante esta respuesta me retiré con un “Está bien.”

Poco después vi al teniente coronel en su camarote, que acababa de mandar llamar al mayor Ruiz, para que ciertos soldados hicieran vigilancia con el camarote del hombre que se arrojó al agua. Me metí en la conversación y dije:

—Hombre, es muy feo que soldados vayan a popa a pasearse donde hay solamente pasajeros de primera y oficiales. Qué, ¿no se podría con oficiales hacer ese servicio? Pues tanto el contador como el Sr. capitán lo verían mejor.

—Pues bien, Ruiz, cuide V. de que ese servicio se haga con los oficiales, y que den sus vueltas y se muden de dos en dos horas.

Después de eso todo quedó tranquilo a bordo del *City of Havana*. Llamaron al té y las mesas se ocuparon; el cuarto de fumar hasta las 11 de la noche estuvo lleno de jugadores, fumadores, etc. A las 12 de la noche solamente sonó la campana que daba la señal de mudar las guardias de a bordo; dormimos unos bien, otros pensando y meditando el modo de un proyecto de salvación para el caudillo Gral. Díaz. Coney, al retirarse, me dijo:

—Medita un plan, que yo meditaré cincuenta.

Por supuesto, a cada momento nos veíamos y nos comunicábamos nuestros proyectos y planes. La verdad, todos eran malos; siempre le encontrábamos inmensos defectos; así, tanto Coney como yo nos retiramos muy tarde.

Al otro día a las ocho de la mañana me levanté, y después de haber tomado café salí de mi camarote. El tiempo era nublado y viento fresco del norte soplaba, la mar estaba con esas olas bobas que no revientan como de haber habido vientos fuertes fuera de la costa; por supuesto, eso basta para que la barra de Tampico esté cruzada y no puedan pasar embarcaciones. Coney se levantó y dio luego sus medicinas al en-

fermo. Poco después distinguimos en el horizonte un punto negro, seguro un buque que hacía por la barra de Tampico. Vimos humo: un vapor, seguro. La guinda del buque era muy alta y gallarda, y comprendimos al momento que era un buque de guerra extranjero. Tres cuartos de hora después vimos flotar en el pico de la cangreja el pabellón de los Estados Unidos. Navegó en nuestras aguas y se fondeó cerca del vapor nuestro, por la proa del *Constante*. Con los anteojos pude distinguir el nombre: era la corbeta de los Estados Unidos *Swattara*. Un bote del *Independencia* fue al costado de la corbeta para hacer los honores de reglamento. El *Swattara* a su vez echó un bote al agua y vino al costado nuestro. Lo tripulaban seis remeros, un timonel, el contador de la corbeta, dos guardias marinas y dos negros que eran 1^{er} y 2^o mayordomos.

El cielo vi abierto cuando distinguí el buque de guerra americano, y le dije a Coney:

—Dios nos protege. Ahora podemos trasbordar al general Díaz a bordo de tu paisano, y ¿quién le puede hacer algo cuando esté en ese buque?

Nuestras esperanzas crecieron de punto cuando vi llegar la falúa de guerra americana a nuestro costado.

Los mayordomos se fueron a entender con el nuestro para comprarle hielo, jamones, galletas y no sé qué otras cosas. Mientras, Coney y yo nos llevamos a la contaduría al contador de guerra, lo invitamos a *champagne cocktail*, le regalamos dos cajas de tabacos de primera calidad y Coney le expuso lo que había pasado y quién era el personaje que teníamos a bordo y cuya vida estaba tal vez en peligro.

El contador respondió al Sr. Coney:

—No puedo responder a V. nada, pues tengo que conferenciar con el comandante; para que no se note nada me voy yo con los guardias marinas a mi barco dejando aquí los mayordomos, y cuando el bote vuelva por ellos le escribiré el resultado; y entonces obrará V. como más le convenga.

Así lo hizo. Mientras, Coney se metió en el camarote del general Díaz y habló con él largo rato. No sé lo que hablaron, pero lo que Coney me contó fue lo siguiente, que honra alta-

mente al general Díaz no tan sólo como valor a toda prueba, sino como patriotismo y abnegación por su país.

—Le propuse al general Díaz —dijo Coney— que, habiendo un buque de guerra americano, ya había hablado con el contador a fin de que pasara a él y se salvase así fácilmente.

—No acepto, Coney —dijo el general—, pues mi deber es ir inmediatamente a Oriente, donde debo llegar lo más pronto posible. O llego allá, o habré muerto en el camino. No quiero deber a los Estados Unidos nada absolutamente; a particulares amigos, ya sean de esa nación o de otra, ésa es otra cosa diferente.

Por supuesto, cuando escuché lo que Coney me contaba, mi cólera junto con miedo, y no sé qué otras cosas, todo se subió a mi cabeza y le dije a Coney:

—Este hombre debe efectivamente estar muy enfermo, pues quiere que le corten el pescuezo junto con el tuyo y el mío.

Después he reflexionado y comprendo que a pesar de todo el general tenía mucha razón; pero tanto como razón tenía valor y patriotismo.

El bote de guerra regresó por sus provisiones y mayordomos, y le entregaron a Coney un papel, que según me leyó, el contenido decía: "El comandante de este buque ni acepta ni rehusa tomar al Sr. de que hablamos a bordo de este buque, pero le aconseja lo lleven a Veracruz, en cuyo puerto están fondeados el *Huron* y el *Hardford* con el comodoro a bordo, y lo pueden trasbordar allá sin que yo crea haya inconveniente." No hicimos caso ya de ese papel, pues la voluntad del Sr. Gral. Díaz era la de llegar a Veracruz.

El día pasó sin novedad, al anochecer Coney y dos capitanes me invitaron a tomar parte en un pequeño juego de *poker* y acepté; así jugamos algunas horas, hasta las once de la noche que Coney se levantó y me dijo:

—Voy a darle la medicina a mi enfermo; pero dale desquite a los señores, ya regreso.

Comencé por querer darle desquite a esos señores, pero mi suerte en verdad era muy buena y así les gané otros cuantos pesos, de manera que dijeron:

—Con V. no es posible, mañana será otro día.

Hablé con esos señores un corto rato sobre cosas indiferentes y en seguida cada individuo se retiró a su camarote. En aquel momento caía uno de esos aguaceros que en los trópicos son tan comunes en junio y julio; es decir, diluviaba de una manera formidable. Me fui a mi camarote, que como antes he dicho estaba a babor, junto a la máquina. Apenas me había yo acostado cuando pasó Coney para popa. Iba cubierto con un capote y llevaba en la cabeza su gorra de uniforme. Permanecía yo en esta posición cuando reconocí a Coney, que con otra persona venían hacia proa; inmediatamente reconocí en ese individuo al general Díaz, que Coney lo conducía a su camarote; como este camarote estaba junto al de capitán a babor, tuvieron que pasar y saltar por encima de los soldados y mujeres de éstos que, acostados sobre cubierta, envueltos en sus mantas aguantaban la lluvia que caía a torrentes.

Todo quedó tranquilo, y media hora después solamente se escuchaba el monótono sonido de la campana de a bordo que daba las doce, y un chubasco que descargaba sobre nosotros. Serían como las 6 de la mañana del tercer día cuando sentí golpes en mi puerta y vi algunos que me despertaban, entre ellos el amigo Cándido de la Rosa.

—Hombre, levántate —me decían—, pues el pájaro voló.

—¿Qué pájaro? —contesté.

—Pues ¿quién ha de ser? El loco de la peluca.

Fuimos a su cuarto, y en él encontramos un saco de noche que contenía algunas partículas de galletitas, recortes de periódicos donde anunciaban éstos la muerte del caudillo del Plan de Tuxtepec, y en fin creo que también alguna ropa. Se registró el camarote; el salvavidas había desaparecido; todo denunciaba que el loco, aburrido de su vida, se había lanzado de nuevo al agua y había perecido entre las verdes aguas del Golfo Mexicano.

Dos horas después de estos acontecimientos, el vapor *Iru*, remolcando sus chalanes, salía de la barra del Pánuco y hacía rumbo para atracarse al costado del vapor *City of Havana*. Comunicaciones fueron escritas al general Flores, comandante militar de Tampico, donde se le anunciaba los acontecimientos que habían pasado a bordo del vapor americano. Después

de embarcar el resto de las tropas y de haber preguntado a bordo de la corbeta de guerra americana si habían recogido algún náufrago, a cuya pregunta contestaron los marinos americanos con una exclamación, empezamos a levar; y serían como las doce y media del día cuando se dio la señal en la máquina para ir avante.

También el *Independencia* salía a la misma hora, solamente que éste hizo rumbo directo para Veracruz y nosotros nos dirigimos a Túxpam para hacer la escala de itinerario. La música y la banda del 13º batallón comenzó a ejecutar varias piezas de su repertorio concluyendo con el himno nacional, mientras el náufrago general don Porfirio Díaz escuchaba desde su escondite esos acordes que en épocas no lejanas habían sido ejecutados en su honor para felicitar al vencedor. ¡Todo había cambiado! ¡Quién sabe lo que más tarde la suerte le depararía!

Entonces fue cuando encontré al Dr. Coney con una cara ojerosa y triste. Se quita la gorra y me dice:

—Zamora, dime la verdad: ¿no tengo la cabeza blanca?

—¿Qué te pasa? —le contesté.

—Vamos, vamos a tu cuarto, que te tengo mucho que contar.

Fuimos a mi camarote, cerramos la puerta y me contó una historia dramática en extremo, pero que a mí no me hizo mucha gracia. Dijo:

—Después que anoche saqué al general Díaz de su camarote y me lo llevé al mío, comprendí que estaba muy enfermo, y por la debilidad y la fuerte fiebre estaba loco completamente. Figúrate que yo le di mi cama para que se acostase diciéndole: “Aquí tiene V. un revólver, y colgada hay una espada; duerma V. tranquilo, que está enfermo, y yo velaré.” Por mi parte, como pude me acomodé en el sofá. Hacía quince minutos que estábamos acostados cuando empezó a delirar; escuchó un ruido (no sé que sería), y salta de la cama como para abrir la puerta, pero yo me interpuse y le dije que me estaba comprometiendo, e infinidad de cosas; le convencí y se volvió a acostar. Hora y media o dos horas después se levanta muy despacio; yo me hacía el dormido, pero con la pis-

tola en la mano me la puso en la frente: considera cómo me quedaría; con el mismo miedo ni me moví; en seguida se arrepintió, y cuando se había retirado me levanté y le dije lo que había hecho. "Sí —me contestó—, de repente estoy loco, tenga V. la pistola y no me la vuelva." Yo, para darle confianza, se la regresé otra vez para que en un caso se defendiera.

Por mi parte, tenía ganas de reír de la cara que hacía el amigo Coney, pero las circunstancias en aquel momento no eran para estar contentos y mucho menos para chancear.

Al otro día en la mañana comunicamos con Túxpam, y después de haber llenado con la aduana las formalidades de costumbre, salimos de este puerto rumbo al de Veracruz. Por supuesto, en esa travesía, todos cuantos grupos se formaban, cada uno de ellos tenía su opinión sobre la posibilidad de que fuera el general Díaz: si se había trasbordado a la corbeta, si se había ahogado o si permanecía escondido a bordo todavía; y en fin, designaban a uno o a otro como el que le había prestado ayuda para su fuga y salvación.

Estando anclados en Veracruz, el general Juan de la L. Enríquez, comandante de resguardo de esa aduana, se hace cargo de salvarlo, y desde este momento empieza el inmenso trabajo de este señor general y de varios de sus íntimos amigos, los cuales iré nombrando en la relación siguiente.

Acababa de llenar la Sanidad las formalidades de puerto, e inmediatamente desembarqué en su falúa, puesto que era la primera que llegaría a tierra... Al pasar bajo la puerta del muelle encontré al general Enríquez, y en lugar de saludarle con las palabras de estilo, le hablé con palabras rápidas donde se conocía el inmenso temor que me dominaba:

—El general Díaz está a bordo, ha sido descubierto y es preciso salvarlo.

Como es natural, el amigo Enríquez palideció a su vez, y me contestó:

—Vaya al correo, entregue, y lo aguardo en el Callejón de la Lagunilla para que podamos hablar.

Así lo hice. Fui al Correo, y al rendir el parte del viaje, di cuenta al jefe (que lo era don Ángel M^a Vélez) de las novedades ocurridas en el viaje. Algunas preguntas me hizo, pero

yo dije solamente lo que todos los pasajeros de a bordo sabían, y me hice, como era natural, que no sabía más sobre este asunto, no haciendo comentarios ni dando mi opinión. Me ordenó don Ángel Vélez que fuera inmediatamente a ver al general Marcos Carrillo y que le contara lo ocurrido. Yo me resistí, diciendo:

—No quiero que piense este señor general que tengo obligación de darle parte; así es que le suplico a V. mande a otra persona.

Se empeñó don Ángel en que personalmente fuera a ver al Gral. Carrillo, diciéndole que el administrador de Correos, mi jefe, me encargaba le relatara lo ocurrido a bordo del vapor americano. Me dirigí a la casa habitación del Sr. Carrillo y, no encontrándole en ella, la señora esposa de este señor me advirtió que lo podía encontrar en el muelle fiscal, pues había salido a recibir unas fuerzas que llegaban en el vapor americano.

Salí de esa casa dando las gracias a la señora y me fui a encontrar al general Enríquez, que hacía momentos me esperaba con impaciencia. Le conté la historia detalladamente y fui en busca del comandante militar. Lo encontré al entrar a la portada del muelle, lo saludé, y trayéndolo aparte le conté la misma historia que sabía todo el mundo, y la cual le contaba porque mi jefe don Ángel M^a Vélez me lo había ordenado. Me preguntó mi opinión; le contesté:

—General, en mi vida he conocido al general Díaz, pero como es una historia tan especial y tan rara, a mi modo de ver no puede ser otra persona que el Sr. general Díaz.

En esos momentos aparecía el teniente coronel Arroyo. Y preguntando Carrillo por las novedades, le contestó:

—Nada de particular, solamente tuvimos un percance en Tampico, y fue la botada al agua de un loco.

Y contó la misma historia que había yo contado, diferenciándose solamente en que yo no aseguraba, pero tenía sospechas en que era el general Díaz, y el Sr. teniente coronel opinaba de que era un pobre loco que se había suicidado. Ante estas opiniones de un porfirista reconocido como era yo, y que sospechaba en la presencia del Sr. Gral. Díaz, y un te-

niente-coronel del ejército, como era natural gobiernista, y que su opinión no era la misma, el general Carrillo se confundió. A la sazón pasaba mi señora madre por los bajos del Hotel de México y me retiré con el pretexto que la iba a saludar, y del brazo de mi buena madre llegué a mi casa.

El general Enríquez se puso en campaña inmediatamente. Fue a la estación del ferrocarril y se puso de acuerdo con el jefe de ella, que lo era el Sr. Arnaud, y preparó una locomotora y un vaporcito del ferrocarril mexicano para cualesquiera eventualidad. Pasó por la casa de Luis Mier y Terán, cuyo dependiente y socio era don Mariano Fernández, le contó lo que ocurría y que estuviera él y su gente preparado a todo. Vio a don Manuel Leví, que en todos casos fue su ayudante de campo y la persona que más le servía; en fin, vieron al coronel don Agustín Marañón y arreglaron que un señor de Boca del Río que estaba en Veracruz sirviera de guía. Marañón con ese señor salieron a caballo de Veracruz y fueron a la playa para aguardar al fugitivo.

Al mismo tiempo se mandaba a bordo del americano a Joaquín Alpuche, Manuel Caldelas, Abraham Aguirre, Joaquín Cruz y otros matriculados para que Coney les entregara *"el jamón que traía para don Juan"*. Como fue Abraham el que subió a bordo y el general Díaz desconfió de él, pues no lo conocía, tuvo que regresar a tierra, y con Juan Alpuche me remitió el Gral. Enríquez el siguiente recado, el cual lo recibí con desagrado: "Dice el general Enríquez que venga V. a bordo del americano para poder sacar al Gral. Díaz." A este recado toda la sangre se me agolpó al cerebro y le contesté palabras como a propósito para sociedad.

—Dice el chiquito que V. tiene mucho miedo.

—Respóndale que sí, que tengo mucho miedo, pero que a pesar de él pienso y no me enzolva el entendimiento. ¿Que si no piensa que si yo me presento a bordo, las sospechas serían tales que a Díaz y a mí nos agarrarían en el garlito?

Volvió Aguirre a bordo, y esta vez Alpuche fue quien habló con Coney y con Díaz. No sé qué disputa hubo entre Coney y Alpuche, pero uno quería que desembarcara al momento y el otro en la noche; lo cierto fue que hicieron vestir

- 4.—Contador
- 5.—Escondite del General Díaz
- 6.—Escotillas
- 7.—Teniente Coronel Arroyo
- 8.—Máquina de levar
- 9.—Cuarto de Fumar
- 10.—Calderas
- 11.—Máquinas
- 12.—Escala de cuerda por donde subió a bordo
- 13.—Bote que lo salvó
- 14.—Viuda de Gutiérrez
- 15.—General Porfirio Díaz
- 16.—Escala Principal
- 17.—Portalón debajo de la cubierta principal por donde salió Díaz en Veracruz para salvarse
- 18.—Lugar por donde se lanzó al mar
- 19.—Agente de Correos

----- Camino que hizo Díaz para tirarse al mar
..... Camino que hizo Díaz después de nadar
+++++ Camino que hizo Díaz para esconderse en el cuarto de Coney
-.-.-.-. Camino que hizo Díaz para salvarse en Veracruz

al general Díaz con el traje que usan comúnmente los lan-
cheros en Veracruz, lo bajaron al entrepuente por la escalerita
de la 2ª cámara y por el portalón de babor a proa lo hicieron
saltar a la lancha de Alpuche, escondiéndolo en el castillo de
proa de la lancha, mientras ésta cargaba de algodón y los
soldados del 13º de infantería salían por la escala principal
para desembarcar en Veracruz.

Debo manifestar que Enríquez dio los pasos necesarios con
la casa de R. C. Ritter & Cía, consignataria del vapor, para
que la descarga se empezara a hacer lo más pronto posible.

Después de cargada la lancha se desatracoó del vapor e hizo
rumbo al muelle de Veracruz; a los pocos momentos atracó
ésta a la parte norte del muelle y empezó inmediatamente su
descarga; en verdad trabajaban muy de prisa, pero para nos-
otros duró una eternidad. Don Juan Enríquez desde la casa
de don Manuel Leví, que estaba frente del muelle, observaba
con unos gemelos los movimientos de todos; parecía un gene-
ral que teme perder una batalla; pero, aunque pálido por la
emoción, daba sus disposiciones que se obedecían con regula-
ridad, abnegación, y sobre todo con conciencia.

Descargada que fue la lancha, comenzó la disputa entre
Alpuche y el amo de la embarcación, que lo era un señor Mal-
pica, español de nacimiento, pero que había permanecido en
el país por muchos años. La disputa se reducía dónde era el
lugar que había de fondear la lancha, en el pastelillo o en
el bajo de la Caleta; pero cuando se le dijo al Sr. Malpica
que el general Díaz estaba oculto en el castillo de proa de esa
lancha, inmediatamente acabó la disputa.

Desatracoó la embarcación del muelle y, como es costumbre,
se fueron sobre las palancas a tomar barlovento más allá del
fuerte de Santiago, que está al sur de Veracruz, para de esa
manera ayudarse con el viento de la brisa. Cuando estaban a
cierta distancia del fuerte, el pequeño bote de la lancha les
sirvió para poner en tierra al Sr. general Díaz, que éste, vién-
dose en tierra firme, exclamó con gusto estirando los brazos
y las piernas: "Gracias a Dios que puedo estar derecho." Ca-
minó en conversación con el señor Marañón algunos pasos
hasta donde estaba el guía con los caballos. Marañón le en-

tregó algún dinero, pistola, parque, y se despidió. El general Díaz montó a caballo y tomó el camino de Boca del Río. Un correo que se le mandó después "Sta. María" lo alcanzó en "La Matosa", lugar donde los defensores del plan de Tuxtepec se encontraban.

El general Enríquez personalmente sacó de Veracruz ese día armas, parque e infinidad de otras cosas.